

—No le digan nada, no le digan nada. Me pegaría.

Un coro de carcajadas siguió a la voz trémula de Felipón. Luis, misericordioso, compadecida de aquel hombrón hercúleo de alma tan ciega y débil, exclamó para calmarle: —No temas nada, Felipón. El señorito Luis, aunque supiese que yo te gusto, no había de hacerte ningún daño. También me gustan tú. Y hasta me gustan más que el señorito Luis. ¡Palabra!...

Felipón, ya encalmado, tornó a su imbecil risotear.

—Ju, ju, ¡j! Gustarle yo a la señorita ju, ju, ju; ¡y siendo tan guapo don Luis! Me voy a la cuadra con las caballerías.

Uno del grupo exclamó:

—No debes nunca salir de allí.

No le oía Felipón, que, silbando, echó a correr zambamente, hundiéndose sus zapatones en el arenal de la playa.

\*\*\*

—¡Ríe, ríe!

Los gritos de Felipón sobresalían potentes animando a los cabelejos. Regresaban de la merendola, que fué abundante y en la que se bebió de firme. Componían la caravana seis jardineras. En una de ellas, en la más rezagada, iban Julia, Luis y otras dos muchachas. Lo propuso Luis.

—¿Qué prisa tenemos para seguir a los demás coches que corren tanto hacia el pueblo? Aquí es temprano. ¡Le decimos a Felipón que pare y nos sentamos un rato ahí sobre el verde césped?

Fué aprobada la proposición. Se detuvo el coche. Se aposentaron los jóvenes sobre el verde tapiz de una colina. Felipón también había descendido del pescante y arreglada los collarones de las cabalgaduras. Luis hubo de oír sonriente el relato de lo sucedido por la mañana en la plaza. Murmuró Julia:

—¡Pobre Felipón! Parece mentira que siendo tan corpulento pueda ser tan infantil. ¡Porque debe tener una fuerza enorme!

Rebrincó la maza en el corazón de Luis. También podía él alardear de vigor, y le asaltó rápido el deseo de mostrar ante Julia su fortaleza. Gritó:

—¡Eh, tú, Felipón, ven!

A zancadas salvó el tonto la distancia que separaba de los señoritos. Luis, riendo, paró dar al tonto confianza le indicó:

—Mira. Vamos a ver cuál tiene más fuerza de los dos. ¿Quieres?

—¡Ju, ju, ju. Tendrá más el señorito.

—Anda, vamos a verlo. Nos cogemos por las cinturas y a ver cuál echa al otro al suelo. El que quede de pie recibirá como premio la rosa que Julia lleva prendida del pecho. ¿Quieres?

Todos reían. El tonto, boquiabierto, miraba a Luis y a la enrojada y tentadora flor. Insistió Luis, disponiéndose ya a coger a Felipón por la cintura. Y el tonto, en cuya resolución debió influir mucho la quemazón de reciente venillo trasgado, también se abalanzó hacia Luis. Se atezanaron por las cinturas. Firmes, incommovibles permanecieron los dos corpachones mozos durante unos segundos. Se vió un momento vacilar a Felipón. Y de repente sucedió lo brutal, lo terriblemente brutal. El tonto, viéndose próximo a caer, había engañado con las manazas el cuello de Luis. Sólo con éste tiempo de murmurar angustiado:

—No, no. Así, no. Suelta, suelta.

Gritonas, se abalanzaron las muchachas hacia los que ya se debatían sobre el césped. —¡Suelta, bárbaro, suelta!

Tiraban a Felipón de la blusa. Le pegaban con las sombrillas. Las uñas de Julia se hundieron en las mejillas del tonto. Este se alzó entonces con el seblante añañado y el mirar chispador y la risa sobre la boca, inmensa. Y a sus pies quedaba el otro con la vida rota.

Corrieron las muchachas empavorecidas y clamantes.

—¡Socorro, socorro!

Y Felipón también echó a correr gritando:

—¡Yo gané la rosa, yo gané la rosa! ¡Ju, ju, ju!

BENIGNO VARELA

## Un buen queso

No, no; el Amor es bueno y nunca desaparran a sus pacientes. Oye mi dulce amiga la historia de Inés y Florencia, para que te convenzas de tan importante verdad.

Inés y Florencia, ambos nacidos y criados en la opulenta finca donde servían, eran dos gallinas muchachos que se adoraban desde la niñez. Hasta aquí todo va bien, y aun ha de parecerse mejor si te digo que los chicos se besaban como unos glotonos cuantas veces podían, con el incentivo de esas brisas campestres que en la primavera hacen estremecer tan profundamente a los bosques venerables. Cuando podían se besaban, y hacían muy bien, a despecho de tu aspavento convencional; cuando podían, porque, ¡ay! no siempre les era dado.

La señora, una viuda ya entrada en años, era muy buena y se escandalizaba al sólo nombre del Amor, como no fueren éste el divino. No obstante, sus amigas afirmaban que en su devoción a San Antonio, por ejemplo, no todo era desinterés celestial, llegando uno de sus primos, viudo entre santurrón y calavera, a afirmar que Santa Rita compartía aquella predilección.

Lo cierto es que había sido devota del buen santo hallador de novios, desde su más tierna juventud; y tanto, que se rezaba de memoria la novena y los trece marteos.

La señora quería mucho a Inés, pero desconfiaba de Florencia, habiendo opinado ya varias veces que creía llegado el momento de buscarle empleo en la ciudad. ¡Como abominaba Inés, en esos momentos la palidez que la cubría!

Para ella eran las preferencias y hasta los mimos compatibles con la rigidez aristocrática de la dama; pero ¡a qué precio! precisamente por esto, apenas podía hablar con su novio. Cuando no trabajaba con la vieja ama de llaves, doña Catalina, una flacucha de rigidez gendarmérica, borbada junto a la señora en el costurero cuya suntuosidad tenía algo de bazar, mientras aquella, en compañía de una hermana solterona que la acompañaba, consumía las horas descifrando charadas y fugas de vocales. Esto formaba su amén y su santidad. El resto del día lo consagraba a la oración.

Sólo en la mesa tenían algún esparcimiento los muchachos. Después de servir Inés a las señoras, almorzaban con doña Catalina en un recogimiento casi terrorífico; pero a veces llamaban a la atención (generalmente para avisar alguna fechoría) y el ama acudía. ¡Ah, besos furtivos, caricias miedosas, dramatis de dos pellicos! Era el momento de entregarse las cartas en letra menudísima y sin apartes; el minuto suspirado de decirse tantas cosas y no acertar más que a estrecharse las manos; fugacidad deliciosa que les alegraba un día entero como una exhalación de perfume...

Ahora bien, cierta ocasión de esas, Inés y Florencia tuvieron un gran disgusto. Aquella noche rotundamente se usó un plato, que la pedía, y hasta le reprochó que hubiese mezclado aturdidamente el día anterior la leche de los quesos. Lo primero fué una coquetaría y lo segundo mereció una explicación.

Inés había unos quesos riquísimos que la señora prefería, motivando esta su querrela como la mencionada. Eran de comere frescos, pero tenían un término de treinta horas que la chica respetaba con veneración; y por esto aquel reproche amable caracteres muy serios para Florencia.

—En días después como lo coqueta no cediera, la escribió que se iba a envenenar; y ella, alar-

mada al verle tan triste y para evitar que lo hiciera ducante el almuerzo, le respondió con amoroso sobralto:

—¡Mi rico no fue tute, ya se adorará bien de mi alma, hoy en la mesa te daré si acaso llaman, y con esto recibe muchos besos de Inés. Hizo con el papillito una cedullita bien apretada y la guardó en el corpiño a la espera de una oportunidad.

Fabricó una ratona uno de sus quesos en la lechería, dando el último amasajo a la cuajada, cuando sintió pasos. ¡Jitos de él!... Con la cedullita en la mano, aguardó palpitante, pero en vez de amado novicito, apareció doña Catalina, la persona.

La cedullita rodó por entre los dedos de Inés sobre la pasta, que sus manos oprimieron con instintiva precipitación. Por fortuna no lo había visto, y en cuanto se fuera...

Pero en vano retornó su obra. La vieja no se movió de allí, y como empezara a rezagarse por la tardanza, el queso entró en el molde y pasó a la despensa, sin que la infeliz hubiera podido retirar de sus entrañas el secreto de su amor.

—¿Qué dos días aquellos! ¡Con qué ansiedad tentó una y mil veces la puerta de aquella nefasta despensa en procura de una remota casualidad! ¡Cuántos ingeniosos hurtos concibió! ¡Cuántas promesas hizo a los santos! Pero doña Catalina no cambaba nunca en falso; y los santos suelen ser tan ocapados...

Por fin una noche, mientras servía a la mesa, la catástrofe se produjo. El alma trajo, con cierta prosopopeya de mal augurio, un nuevo queso que la señora se dispuso a cortar. (Era esto un capricho de golosa, harto honorífico para Inés, quien se consideraba). Un buen queso. ¿Sería éste? No, no; era porque parecía más viejo; pero sí debía de ser, porque tenía una depresión en el borde...

El cuchillo entró lentamente... entró... entró... Despreñóse la tajada... ¡Ah, qué satisfacción!

¡No era!

¡Pero al cortar el segundo bocado, la señora notó algo duro en la pasta, escarbó un poco, y el papel malidito apareció.

Tan insólito era aquello, que produjo un solemne silencio. La señora, con una calma fría, miró a las señoras, a las amasazas de los profetas, desdoblaba lentamente la cedullita; y en ese momento la chica, desde el fondo de su anonadamiento, balbuceó al azar, con una voz en que desfallecían sollozos:

—Se me cayó del seno...

El papel acabó de desenvolverse.

Y ¡oh! cincuenta veces oportuno «Tyrothrix filiformis», y otras tantas sublime «Bacterium lactis», «bacillus butyricus», y cuantos suculentos microbios, acedían, sazonan y maduran esas maravillas del arte casero; los ácidos de la fermentación habían decolorado la anilina, y sólo aparecían vagamente, en un matiz rojizo, palabras sueltas, sin ningún significado al parecer:

—Mi i no us

adorado bien de mi alma,

en la mesa s ca

llama, con sto rec

e o s e s

Las cejas de la señora se fruncieron ante tan profanas palabras.

—Pero ¿qué cambio es ese en sus facciones? ¿Por qué mira ahora a Inés con enternecida benevolencia?

Es que acababa de dar con el secreto del involuntario criptograma y comprende lo temerario de su sospecha.

En efecto; no correspondían exactamente esas palabras a la oración del noveno martes de San Antonio.

«Mi divino Jesús, único y adorado bien de mi alma, que en la mesa eucarística os llamáis, con justo derecho, el pan de los fuertes.»

¡Chica ejemplar! Se pasaba copiando oraciones durante sus asuntos ¡quién lo creyera! ¿Rependerla! Nunca; pues ¡a qué mayor gloria podía aspirar un queso?

Y desde entonces, bajo la advocación complaciente del padre paduado—mi patrón querido—que besos, que locos besos se dieron los chicos al almorzar.

LEOPOLDO LUGONES

LEA USTED

LAS VIRGENES LCAS

(Cuentos de la guerra)